

LA GRACOLARIA

Periódico semanal

La Redacción no se hace solidaria de los trabajos firmados.

Insertéense ó no, no se devuelven los originales.

Anuncios, edictos y comunicados á precios convencionales.

Redacción y Administración

CALLE DE CORRÓ, 9

Precios de suscripción

Trimestre, pago adelantado. 1'50 ptas
 Número suelto. 0'15 "
 Número atrasado. 0'20 "

ESTÉTICA... EN PRINCIPIO

Se hablaba de belleza, y después de surgir infinitos paraceres acerca del particular, vino á pararse, ¿cómo no? en que su concepto es lo más falso y convencional que existe.

—Sirva de ejemplo—dijo uno de los interlocutores—el caso que voy á referir. Un día se me presentó, con semblante descompuesto, ojos desencajados, voz temblorosa y excitación febril, un amigo mío.

Al verle en tal situación sospeché que le ocurría algo grave, y traté de interrogarle; pero él, sin dejarme hablar, me dijo con ademán entre desesperado y suplicante:

—Sígueme; quiero que tú, que me has acompañado en todas mis alegrías, seas también testigo de la más horrible de las torturas que he experimentado. Al menos tu presencia, tus palabras, el recuerdo de nuestra inquebrantable amistad, atenuarán mi tormento.

Le seguí sin replicar. ¿Quién no lo hubiera hecho en tales circunstancias?

Sin desplegar los labios, atravesamos calles y plazuelas. Nuestro mutismo tenía toda la elocuencia del dolor; en cuanto á mi amigo, directo y profundo; por lo que á mi toca, sugerido hipnóticamente.

Una escalera angosta, carcomida y oscura, un silencio sólo interrumpido por alguno que otro cabildeo fúnebre, y al final de aquella ascensión un legítimo calvario; un cuadro de dolor y pobreza desgarradores.

Sobre un pobre lecho agonizaba una mujer joven, y que quizá no habría sido mal parecida, pero á quien el padecimiento físico había descompuesto sus facciones contrayéndolas espantosamente.

La paciente se hallaba en ese estado agónico en que los seres se dan cuenta de su próximo fin, y por eso sus miradas, sin brillo, sin expresión, como esas pupilas en que falta la luz, registraban todos los rincones.

De los labios de la infeliz partían sonidos inarticulados, tan débiles como el rumor de una hoja arrastrada por el viento. En seguida, por un supremo esfuerzo de la voluntad, uno de esos fenómenos *psico-fisiológicos* que se apoderan del individuo cuando siente la sacudida de una violentísima emoción, llamó á todos los seres queridos. La voz continuaba teniendo la misma intensidad, pero el fraseo no era ya inteligible,

Al final de aquella serie de nombres estaba el de Juan, mi amigo, y cuando todos los llamados anteriormente realizaron la triste satisfacción de abrazar y besar á la moribunda, con febril efusión, como si con aquellos abrazos frenéticos consiguieran anudar el hilo de la existencia que se les escapaba de entre las manos, entonces el pobre Juan, con paso vacilante y expresión atónita, se aproximó al lecho de la agonía para estampar en la frente, casi sin latidos, y en las manos, ya crispadas de la infeliz, algunos ósculos de pasión desbordada, pero sin promiscuidad, de algo más que un amor delirante y un respeto profundísimo.

El último aliento de Fernanda (éste era el nombre de la agonizante) se escapó entre los brazos de Juan, á quien ella lanzó una última mirada suprema, indefinible, con fulgor desusado, algo como la exteriorización de un sentimiento inefable.

Al salir de aquella casa, Juan, apoyándose en uno de mis brazos, bajo el cual sentía yo el acelerado temblor del suyo, me dijo: «¡Cuánta hermosura despedía aquella última mirada! ¿No es cierto?»

Claro es que asentí, aunque lo diré con franqueza, el rostro de Fernanda estaba tan horriblemente contraído, que su aspecto al expirar aquella, sólo me produjo terror y una pena de las que jamás se borran por completo.

La de Juan fué tan viva, que el desventurado perdió la razón, y en su delirio sólo ocupaba su mente aquel recuerdo de estética, ex-